

Crónica del año 1535 por Miguel de Estete - Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos

Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, tomo 1, no. 3, pp. 312-335 y 12 p. de facsímiles. Quito.

Noticia del Perú de Miguel de Estete

(/Folio 1) Los capitanes Pizarro y Almagro, fueron casi de los primeros que se hallaron en la conquista y descubrimiento de las indias; porque estuvieron en la conquista de la isla española, y después el año de trece, cuando Pedrarias de Ávila paso a la Tierra Firme, con una gruesa armada, los dichos fueron donde el estaba; y así se hallaron en toda la conquista de la tierra firme, que es llamada Castilla del Oro, donde estuvieron y fueron capitanes del dicho Pedrarias de Ávila, y le ayudaron a descubrir y conquistar la tierra desde el pueblo de Santa María de la antigua del Darién hasta los pueblos de Acla y el nombre de Dios, y de allí fueron en el descubrimiento de la mar del Sur, y allí ayudaron a poblar la ciudad de Panamá y la villa de Nata y como a personas que habían servido en la dicha conquista, les dieron y señalaron por repartimiento a ambos a dos de compañía, un pueblo que a mi parecer, se llama Chochania, con ayuda del cual, y con otras granjerías y aprovechamientos, en algunos años, allegaron a tener suyo cantidad de oro.

Estando ya poblado la dicha Panamá y siendo los dichos capitanes vecinos de ella, hicieron un concierto y capitulación con el dicho Pedrarias de Ávila, Gobernador de la dicha tierra, que el dicho capitán Pizarro, con cierta gente y navíos, fuese por la costa de la mar del Sur a descubrirla y calar y saber lo que había por ella, y así, hecha la dicha capitulación con el dicho Pedrarias, en la cual mas largamente parecerá las condiciones que hubo en ella, el dicho capitán Don Francisco Pizarro fue por la dicha costa adelante, aunque con ruin aparejo de navíos, por ser los primeros que en la dicha mar del Sur se había hecho, y con cierta cantidad de gente, el año de veintitrés o veinticuatro, donde anduvo muchos días padeciendo muchos trabajos y necesidades de hambres y enfermedades y peligros, por llevar ruines navíos y no sabida la navegación. <rota la hoja> La costa es temerosa y los aguaceros del cielo muy <esta rota la hoja> bles en ella, por no llevar vasijas para agua no se <roto> meter a la mar ni desapegarse de la costa la cual pro <roto> ble, y no hallar donde tomar bastimentos les <roto> la vuelta y así se volvieron con la gente que <roto> sieron en una isla donde ellos tenían <roto> (/Folio 1 v.) y comida, y después de tornados a rehacerse de mas gente y nuevos bastimentos, torno a proseguir su jornada, y así tornaron a ir por su costa adelante, apartándose muy poco de ella; y como los vientos en ella son muy cortos y escasos, iban muy poco adelante; finalmente, que a cabo que pasaron muchos trabajos, llegaron a tomar puerto en algunos pueblos de indios, digo pueblos que eran de esta manera: en los arboles altos que están en aquella costa tenían hechas sus casas, atravesados los maderos de unos a otros, siendo todo el suelo de anegadizos y loma, que no se podía andar ni calar la tierra adentro; porque muchas veces probaron por algunos ríos a subir y buscar tierra enjuta, y aunque anduvieron muchos días por ellos nunca la hallaron; y como su intención era inquirir y saber que tierras y provincias había por allí adelante, y también por la necesidad de mantenimientos, erales forzado llegarse a tomar lengua de las dichas gentes que habitaban en aquellos arboles; los cuales no admitían su platica, antes desde arriba, con piedras y otras defensas se defendían, de manera que no los podían entrar; en lo cual se pasaron grandes trances, y no se si de esa segunda vez o de la tercera, descubrieron aquel rio de palmas y un pueblo llamado Peruquete, de donde toda la tierra y provincias innumerables que adelante se descubrieron fue llamado Perú; siendo lo que ahora vulgarmente llaman el Perú, mas de seiscientas leguas adelante de esto, ni haber lugar en todo ello de tal nombre; pero como desde allí dieron la vuelta a Panamá, que fue el año de veinticuatro entrado el de veinticinco, trujaron este apellido de decir que venían del Perú y así se nombro todo lo que adelante se descubrió, como tengo dicho. Creo que en esta segunda entrada fue el capitán Almagro con gente y otro navío en busca del dicho Pizarro, y en esta jornada, en un cierto reencuentro le quebraron un ojo los indios; vueltos la segunda vez a rehacer de gente a la dicha isla, que tengo dicho, tomando mas y aperciéndose de todo lo que pudieron, tornaron a proseguir su jornada tercera vez, con toda la mas gente y bastimentos que pudieron; aunque de todo llevaban poco por la falta de los navíos, y así tornaron a proseguir su jornada, no se osando desapegar de la vista de la tierra o arboles, por mejor decir, porque tierra en todo esto nunca la vieron y así anduvieron <peregrinando> por la dicha costa muchos días haciendo sus entradas por los ríos en barcas y canoas, donde nunca pudieron hallar tierra enjuta y buena donde poder echar la gente si no <roto><e>n las islas de la Borbona y del Gallo que son despobladas, aunque de muy buenas aguas y mariscos y

aves marinas <roto> lo cual fue mucho remedio para la gente. Después <roto> a la disposición de la tierra y cuan<do> <roto> (/Folio 2) era y que los tiempos siempre les eran contrarios porque en todo el año reinan en aquella costa. acordaron de dar la vuelta a la dicha Panamá con la gente que les había quedado; que mucha de ella, y la mayor parte, todas estas veces les faltó, muerta de hambre y de enfermedades, y de los indios; porque aunque se hallaban pocos pueblos, los que se hallaron eran gente belicosa y peleaban con los españoles muy crudamente, y les mataban muchos de ellos, especialmente en un pueblo que se llama <hay un claro> que estaba cercado de una estacada; se vieron en mucho trabajo y peligro; porque como andaban flacos, dieron de noche en los españoles y pusieron los en mucho aprieto, y aunque todos hicieron lo que pudieron, si no fuera por Pizarro que con una espada y una rodela despertó el primero, todos fueran muertos; el cual lo hizo tan bien que sin otra arma ninguna, cuando fue socorrido de su gente tenía a los pies muchos indios muertos. De este reencuentro, el quedó con victoria, aunque muy fatigado con su gente y mal herido. Muchas cosas particulares acaecieron en estas jornadas, que no las pueden saber sino los que en ellas se hallaron; y lo que yo aquí cuento, lo se de ellos y de habérselo oído decir al dicho Pizarro muchas veces, andando en la conquista del Perú.

Vueltos con la dicha gente a Panamá, destrozados y gastados, que ya no tenían haciendas para tornar con provisiones y gente, que todo lo habían gastado; el dicho Pedrarias de Ávila les dijo que ya él no quería más hacer compañía con ellos en los gastos de la armada, que si ellos querían volver a su costa, que lo hiciesen; y así, como gente que había perdido todo lo que tenían y tanto había trabajado acordaron de tornar a proseguir su jornada y dar fin a las vidas y haciendas que les quedaba o descubrir aquella tierra; y ciertamente ellos tuvieron grande constancia y ánimo viendo el poco fruto que hasta allí (/Folio 2 v.) habían sacado, osar tornar a meter el resto, por mar y costa tan sin provecho. Y así tornaron a proseguir su jornada, yendo reconociendo las mismas partes y tierras o arboledas donde habían estado, con mucho trabajo, por la contrariedad de los tiempos; y a cabo de pasar muchos días, llegó el dicho Pizarro a echar la gente en aquella isla del Gallo; y desde allí, con un navío ligero y solos los marineros y agua, y el bastimento para que pudiese hacerse más a la mar y tirar por allí adelante; y así fue, que el dicho navío se metió a la mar, y en ella halló los tiempos más largos, y en pocos días anduvo más que en los años de atrás había podido andar, y reconoció tierra enjuta y poblada, que fue el pueblo de Santiago, que así se puso por nombre por verle en tal día; y después la bahía de San Mateo, donde tomaron puerto y más adelante, descubrieron el pueblo de Tacanez, que está en la costa. Y así con esta buena nueva, vistos muchos indios que salían a ellos, vestidos de ropas de lana y enjoyados de oro, con mucha alegría de haber alcanzado principio de lo que deseaban, se volvieron a la dicha isla del Gallo, donde todos se embarcaron y fueron en busca de los dichos pueblos ya descubiertos, do llegaron y tomaron tierra y lengua y bastimentos; y así fueron por la costa adelante, descubriendo la tierra y saltando algunas veces en ella. en esta costa de Tacanez salieron los indios a los cristianos y pelearon con ellos muy reciamente; y al principio como ellos nunca hubiesen visto caballos y el dicho capitán Pizarro llevase cuatro o cinco, al tiempo del romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron, que volvieron las espaldas dando voces a los suyos diciendo que se habían hecho dos, haciendo admiración de ello, lo cual no fue sin misterio; porque a no acaecer esto, se presume que mataran todos los cristianos; y aunque en la liviandad del huir se arguya flaqueza de ánimo, (/Folio 3) el discreto considere que, jamás aquellas gentes habían visto las nuestras, tan diferentes de ellas; ni tampoco caballos, los cuales, a quien no los ha visto ni oído decir, no pueden dejar de causar admiración; que lo mismo hicieran a nosotros, que tenemos más razón que ellos, si nunca los hubiéramos visto ni oído decir; y así tan súbitamente nos aparecieran delante; que cierto, no sabiendo las particularidades con que un caballo se mueve y sujeta, viéndole pasado de clavos las manos y aquel freno en la boca que le tiene rendido y sujeto, a quien fuese cosa nueva no podía dejar de maravillarse; y no es mucho pensar, que el que va encima y él, ser todo uno; especialmente que en aquellas tierras y mares hay grandes monstruos. Dejado esto, de este viaje se descubrió toda la costa hasta la provincia de Tumbes, en la cual solamente entro un capitán que Pizarro envió, quedándose él en uno de estos pueblos, el cual se llamaba Pedro de Candía. este le trujo relación de la manera del pueblo y de lo que había visto en él y de un templo del Sol que en él había; en el cual dicho pueblo, por señas le hicieron entender como muchas jornadas adelante había un gran señor, cuyos sujetos ellos eran. en este pueblo comenzaron a ver las ovejas que hay en aquellas tierras, y de ellas metieron algunas en el navío, que los indios le dieron de su voluntad; y haciendo paz y amistad con los dichos indios, les dejó allí dos españoles, para cuando pluguiese a Dios se volviese a descubrir y allanar la tierra, para que entretanto ellos los doctrinasen y ensenasen y así, el dicho Pedro de Candía se volvió donde estaba el dicho Pizarro y le contó lo que había visto, en lo cual él fue muy vicioso, porque hizo entender que aquella ciudad de Tumbes era muy insigne y grande y que había visto en ella muy grandes cosas, lo que fue mentir; porque después que todos los españoles entramos en ella, se vio por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que este era cosa de ver, aunque mucho más de lo que aquel encareció. Lo que faltó en esta ciudad se halló después en otras que muchas leguas más adelante se descubrieron; y parece que con mentira pronosticó la verdad de lo que adelante estaba. Finalmente, que metiendo en el navío algunos indios muchachos y las dichas ovejas y algunas muestras de ropas y otras cosas de la tierra, con mucha alegría, el dicho capitán (/Folio 3 v.) Pizarro con su gente se volvió a

Panamá, a dar la buena nueva de lo que había visto, dando por autor de la grandeza de Tumbes a aquel Pedro de Candía que solo en ella había entrado; y así, dejando toda la gente en la dicha Panamá e isla suya, se partió con las dichas muestras e indios y ovejas para España, a dar la nueva a Su Majestad, con menos de mil ducados que poder gastar, y aun estos prestados de amigos suyos.

Venido en España que fue el año de (hay un claro). Su Majestad visto sus trabajos y lo que había gastado en aquel descubrimiento y la relación y muestras de la tierra, le proveyó por gobernador y capitán general de ella, señalándole cierta cantidad de tierra tomada de norte a sur; y le hizo adelantado y le dio el hábito de Santiago y ciertas tenencias de fortalezas; y se tomó con el asiento y así despachado de la Corte, se fue con toda la mas gente que pudo llevar de España a poner en la ciudad de Panamá, y allí se aderezó e hizo publicar por todas las indias vecinas donde había españoles, su ida; y como la nueva de lo que aquel Pedro de Candía decía que había visto era tan grande, muchas personas principales que tenían muy buenos asientos, se movieron para ir con el en la dicha conquista; y así aderezado de todo lo que pudo llevar y con (hay un claro) españoles y (hay un claro) caballos, con los bastimentos y pertrechos que pudo meter en siete navíos, con harta necesidad y trabajo de dineros, se embarcó, quedando en la dicha Panamá el dicho capitán Almagro su compañero, para proveerle siempre de gente y armas y lo que mas pudiese, aunque descontento de ver que para el no había negociado el dicho Pizarro ninguna cosa en que Su Majestad le honrase; sino que todos los títulos y mercedes había recabado para sí (hay una palabra tachada).

Partió el dicho capitán Pizarro del puerto de Panamá, con la dicha gente y navíos el año de (1531) y con el algunas personas de las que se habían hallado con él en los infortunios pasados, aunque muchos de ellos eran ya muertos de los trabajos que habían pasado, en tanto que él había venido a España; y consigo llevo a Hernando Pizarro, su hermano (/Folio 4) y a Juan Pizarro y a Gonzalo Pizarro, sus hermanos; dio le Dios tan buena dicha que en siete días, sin tocar las velas ni reconocer otra tierra, de punta en blanco, llego a la bahía de San Mateo, que es la primera buena tierra que él había descubierto y tardó en llegar a ella mas de tres años; y toda la buena ventura de esta navegación estuvo en apartarse de aquellas lluvias de la tierra y meterse a la mar; y es de saber que desde Panamá hasta allí había (hay un claro) leguas de travesía; y si se hubiera de ir costa a costa, había cuatro veces mas; porque es una ensenada de un golfo que se hace como una herradura, y desde Panamá hasta aquella bahía es frontero; y como los que descubren andan a tienta, especial, en aquella mar del Sur, donde tan poco aparejo había de vasijas de agua para poderse meter a la mar, no pudieron saber el secreto de la navegación hasta que Dios fue servido de descubrirsele, llevándolos de punta en blanco a aquella bahía que tengo dicho, donde tomaron tierra y echaron los caballos en ella, los cuales llegaron buenos, aunque algunos de ellos murieron en la mar; y así después de tomado algún descanso, comenzaron a caminar por la tierra, la vía que la primera vez había llevado, la costa en la mano, sin entrar la tierra adentro; y llegaron al dicho pueblo de Tacanez y a los otros que primero habían visto; y mas adelante llegaron a un pueblo que esta en la costa de la mar llamado Coaque, donde los naturales de él huyeron todos a las montañas. en este pueblo por ser grande y de buenos aposentos y bastimentos, el dicho capitán Pizarro acordó de asentar su real por algunos días y desde allí despachó los navíos, unos a Panamá, adonde el dicho capitán Almagro estaba, para que le proveyese de gente; y otros a la provincia de Nicaragua, donde estaba mucha gente movida y concertada; que en viniéndoles a llamar, iría adonde él estaba, a servir a Su Majestad y conquistar la tierra, (hay dos palabras tachadas). Llevaron en estos navíos algún oro y plata y ropas de lana y algodón ricas, y muy buena muestra y grande noticia de lo de adelante, y así se partieron, quedando el dicho Pizarro en el dicho pueblo.

Este pueblo de Coaque esta junto a la mar, en un buen asiento: sería de hasta cuatrocientas casas, de muy gentil parecer y sitio, aunque en ruín constelación; porque es la costa mas enferma que hay debajo del cielo; porque en entrando la gente en él les dio grandísimas enfermedades de calenturas, que mataban en veinticuatro horas, y la peor unas verrugas que daba a las gentes, a manera de viruelas, salvo que eran tan grandes como nueces y avellanas, sangrando mucho de ellas y por las narices; la cual enfermedad lisió tanto la gente, que aunque no morían tantos de ella, como de la fiebre, hacia la gente inhábil y torpe para no poder salir de allí a buscar mantenimientos; a cuya causa y de los muchos que se murieron, (/Folio 4 v.) los que quedaron tuvieron gran estrecho de hambre y no eran parte para salir de allí.

Cierto esta enfermedad fue plaga nueva y nunca vista en el mundo aunque no fue nueva en los españoles, que en aquellos indios se usaba, pero no tan danosa por ser su propia tierra. Dicen que la línea equinoccial pasa por encima de aquel pueblo y que de esta causa hay cosas tan notables debajo de ella, y la mayor es que allí se crían y hay mineros de las esmeraldas finas, las cuales se hallaron en el despojo del pueblo; tantas y tan puras, que si la gente las conociera, fuera mayor riqueza (hay una palabra tachada) que la del oro que se halló adelante; pero por falta de conocerlas, pensando que eran del metal y dureza del diamante, hacían la prueba en yunques; y como la esmeralda es tan tierna, luego se hacía pedazos y así las tenían por vidrio; aunque como ellas tienen tan

buen parecer, muchos las guardaron enteras y en pedazos y de las que quedaron se aprovecharon; y un pedazo de una grande que allí se cobro, vino a poder de la emperatriz nuestra Señora, que valió muchos ducados; pero la mayor parte de ellas se perdió y llevaron los indios, siendo tenidas por vidrio. Cierto, es averiguado ser la mina principal de ellas esta, porque todas las que adelante se hubieron y poseían los indios, decían que eran llevadas de esta provincia y aquí se hallaron cuentas de vidrio de la color de las esmeraldas. Vueltos los navíos a la dicha Panamá y Nicaragua, con la gente y caballos que en ellos pudo entrar, se partieron en busca del dicho gobernador; y los que partieron de Panamá, como era mas cerca, llegaron primero al dicho pueblo de Coaque que los de Nicaragua; que estos no pudieron tomar al dicho Pizarro hasta la isla de la Puna. Llegada la gente de Panamá, donde el dicho Pizarro estaba con harta necesidad, fue muy gran alivio y socorro y parte para poder salir de allí; y así, antes que la tierra probase a los recién venidos, partieron del dicho pueblo, la costa adelante, llevando los navíos a vista, que les daban valor y animo; y así, poco a poco, entraron en una provincia que se dice Pasao, que esta en una sierrecita junto a la mar: gente belicosa y grandes adoradores de ídolos, de muchos dioses; en este pueblo se vieron grandes novedades de ritos que serian muy prolijas; pero la mas notable es que en las mezquitas donde sepultan los muertos, usan de desollar el cuerpo y quemar la carne; y el cuero aderezado como badana, le envisten, la carnaza afuera, de paja; y así aspado, los brazos en cruz, le cuelgan del techo de la mezquita, y así ponen gran muchedumbre de ellos, que en entrando por la plaza, como vimos aquellos cueros estar colgados en cruz, pensamos, esta gente tener alguna noticia de nuestro Señor Jesucristo y tener su imagen, hasta que vimos y entendimos lo que era. Los naturales de esta provincia son fugitivos y gente indómita y así dejaron sus casas y se fueron a las montanas; estos y los de Coaque usan de peso y medida y el peso es unas romanas de media vara en largo con su cuenta y numero en ellas y su pilón; no se vio pesar con ellas sino oro y plata y así es de creer que para solo esto eran, por ser tan pequeñas y para las otras cosas debían tener otro peso. (/Folio 5) Las cabezas de los difuntos las conservan con cierto bálsamo de esta manera: que después de sacado el calavernio por el cogote, quedando el rostro con su entera forma de narices y ojos y abenolas y cejas y cabellos, le curan y le dan cierta confección mediante la cual, conservan la carne o cuero que no se corrompe y que las ternillas de las narices estén enteras y los cabellos y cejas y abenolas apegadas a la carne. Son tantos los baños que les dan para que vengan a quedar de manera que se conserven, que hacen que un rostro de un hombre se consuma y disminuya en ser tan pequeño y mucho mas que lo es uno de un niño, acabado de nacer; y después que el esta en tan pequeña cantidad tornado, le guardan en unas arcas que tienen en las mezquitas y dura sin corromperse tantos anos, que dicen los indios, que dura dos o tres edades. Cierto es cosa de admiración y nunca vista; y así lo fue para los que lo vimos primero, teniendo por cierto, que eran propios rostros de gente enana que hubiese en la tierra, hasta que supimos la verdad de ello.

De este pueblo de Pasao, la costa adelante, partió el dicho gobernador con su gente y llevo a un brazo de mar salado, que será una legua de ancho, que se puso nombre la bahía de Caraque; porque así se llama la provincia donde el sale; en pasar este se tuvo algún trabajo, porque los navíos se habían alejado y se hubo de subir tanto por el, que se pudo pasar a pie, donde por ser todo salado se padeció gran sed; porque en tres o cuatro días no se pudo hallar agua dulce. al fin se paso y todas las provincias que estaban en comarca de el en las mas no había gente, que todas huían de ver los caballos y extraña manera de los españoles. Yendo por la costa adelante el dicho gobernador Pizarro, llevo a otro golfo mayor, que había tres leguas de mar, a una isla que se llama la Puna, donde en ninguna manera se podía pasar, sino eran navíos o barcas u otros aparejos para navegar. estando en acuerdo de lo que harían, vieron venir por la mar una balsa a la vela, que al parecer traía bulto de un navío, la cual enviaba el señor de aquella isla, con ciertos mensajeros al dicho Pizarro a le ofrecer la entrada en su tierra y que le enviaría muchas de ellas para el, que pudiese pasar con toda su gente y caballos de el; fueron bien recibidos los mensajeros y agradeciéndoles su buena voluntad y obra y dándoles algunas cosas de las de acá, les torno a enviar; estas balsas son de unos maderos muy gruesos y largos; son tan fofos y livianos sobre el agua, como es un corcho; estos atan muy recio uno con otro, con cierta mana de maromas que ellos usan; y sobre ellos hacen una armadura alta, para que las mercaderías y cosas que llevaren no se mojen; y de esta manera, poniendo un mástil en el madero mayor de en medio, ponen una vela y navegan por todas aquellas costas; y son navíos muy seguros porque no se puede anegar ni trastornar, porque el agua los baña por todas partes.

Venido la flota de balsas que el señor de aquella isla, que se decía Tumbala, enviaba, fue muy bien recibido del dicho capitán; y teniendo gran regocijo por habérseles ofrecido tan buen aparejo para su pasaje, fueron avisados de ciertos indios que el señor de aquella isla les había hecho aquel convite con cautela y a fin de matarlos, yendo por la mar, metidos en las dichas balsas, en esta manera: que como ellos fuesen descuidados y no supiesen en que consistía la manera de las balsas ni de los atadijos de ellas, con unas hachas que llevaban, yendo dentro, quitasen las maromas con que estaban atados unos maderos con otros, para que se deshiciese el vaso o balsa y fuese cada madero por si y los españoles y caballos se ahogasen; y ellos, como son grandes nadadores, se salvaron asidos a los maderos; entendido esto por el dicho capitán y gente, se acordó de venir (/Folio 5 v.) y embarcarse todos y dañarles el arte con el buen apercebimiento; y así pasaron el dicho golfo sin les osar acometer, lo que tenían acordado, por verles ir tan a punto; aunque vieron grandes muestras de quererlo hacer.

Llegado a la dicha isla toda la gente y caballos se desembarco, y el señor de ella con mucha gente y danzas y maneras de música, que ellos usan de flautas y atambores, haciendo del amigo, los salió a recibir y a traer muchas maneras de pescados y mantenimientos, que de estos había asaz en la dicha isla. Y desde allí los llevo a aposentar en un pueblo donde el tenía su asiento, en el cual estuvieron algunos días pacíficamente los unos con los otros, hasta que el dicho señor de la isla, visto que los españoles paraban en su tierra a fin de la sojuzgar, una noche acordó de revelarse con toda su gente y poner fuego por todas partes y dar en los españoles, lo cual plugo a nuestro Señor que fue remediado, aunque toda la noche y el día estuvieron en mucho peligro; al fin los indios fueron echados del pueblo y se acogieron a una espesura de arboledas junto a la mar, donde poco a poco habían llevado sus haciendas y mujeres, sin que se sintiese. Trabajose mucho en reducir y atraer estas gentes a las paces y nunca se pudo hacer; visto que ellos tenían gran defensa en aquellas breñas y montañas, se acordó que viniendo los navíos de Panamá y Nicaragua se embarcase toda la gente y la pasasen a Tumbes, que era de allí siete leguas, donde toda la gente tenía el apellido, teniendo por cierto todo lo que el dicho Pedro de Candía había dicho de ella.

Venidos los dichos navíos con la gente de Panamá y con la de Nicaragua, que aunque era poca era diestra y entendía bien la guerra de los indios, con ella y con la que el dicho Pizarro tenía, se embarco para la dicha provincia de Tumbes, donde habían quedado los dos españoles y desembarco en ella pacíficamente, teniendo por cierto de hallarlos allí y a todos los del pueblo y comarcas pacíficas; y fue al revés, que cuando llegamos al dicho pueblo de Tumbes, hallamos le sin persona viva, que todos eran huidos la tierra adentro; y como los lugares despoblados y sin gente, por buenos que sean, parecen mal asilo, hizo este que no solamente no era buen lugar pero muy ruin, y en todo lo que aquel Pedro de Candía había dicho de el había mentido; y así se hallo la gente muy confusa, porque por todas partes estaba sembrado muy gran grandeza y riqueza de este pueblo y todos los trabajos pasados pensaban que en el habían de ser descanso; y cierto, la gente estuvo por apedrear esfe hombre, y mas aquellos que habían dejado sus asientos y casas por la fama que había de este dicho pueblo y de la tierra; aunque lo del templo del sol en quien ellos adoran era cosa de ver, porque tenían grande edificio y todo el por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores, porque los hay en aquella tierra. Desde pocos días que llegamos al dicho pueblo, salió gente a buscar los naturales de el que se habían esparcido en un rio grande, que venia a dar allí de la sierra; y los españoles encontraron con el señor del pueblo y le trujaron de paz a sus casas, sin les hacer mal ninguno. Desde este pueblo comienza el pacifico señorío de los señores del Cuzco y la buena tierra; que aunque los señores de atrás y el de Tumbes que era grande, eran sujetos suyos, no lo eran tan pacíficos como de aquí adelante; que solamente reconocían y daban ciertas parias y no mas; pero de aquí adelante, eran todos vasallos y muy obedientes.

Después que este pueblo se pacifico y se trato la paz con el señor de el que se decía Chilimisa, nos informamos de lo que se había hecho de los españoles, (/Folio 6) los cuales confesaron ser muertos, aunque la culpa de la muerte de ellos la echaban a otras gentes. aquí tuvimos noticia de la grandeza de la tierra de adelante y del poderío y señorío de Atabalica; diciéndonos particularmente, lo que había hasta llegar a el y las provincias que señoreaba y como de allí a veinte leguas había un rio caudal, que se dice Tallana, poblado de muchos pueblos, en los cuales había corregidores y justicias, puestos por mano de aquel gran señor.

Por la relación que hizo este señor de Tumbes, después de haber tomado algún descanso del trabajo que se había habido en reducirle, el dicho gobernador Pizarro, con toda la gente, partió del dicho pueblo de Tumbes y desde a tres días de camino, llego al dicho rio de Tallana, a un pueblo de el, que se dice Puechos; donde hallo ser verdad lo que los de Tumbes le habían dicho, y mas entera relación de lo de adelante. este rio de Tallana era muy poblado de pueblos y muy buena ribera de frutales y tierra muy mejor que la de Tumbes; abundoso de comidas y de ganados de aquella tierra. Descubrió se todo hasta la mar y porque pareció tener buen puerto y buena disposición para poblar, el dicho gobernador Pizarro acordó de hacer allí un pueblo, en el mejor lugar y sitio que le pareció; para que los navíos y gentes que viniesen a la tierra, tuviesen abrigo y parte cierta donde desembarcar; y así fundo la villa de San Miguel, que ahora esta y repartió la tierra y solares e indios en los que allí se quisieron avecindar, y después de hecho el pueblo y casas y iglesia y puestas justicias en el, acordó de pasar adelante, y procurar de verse con aquel gran señor. esta tierra de San Miguel y rio de Tallana, en toda la costa desde aquí adelante mas de trescientas leguas, es tierra caliente y do nunca jamás llueve; no hay poblaciones, si no es en los ríos, los cuales son muchos y muy grandes; y así riegan la tierra con ellos, y hay grandes llanuras y arboledas y frutales de diversas maneras: dan fruto dos veces en el año, porque como el sol es siempre de una manera y el agua por el pie nunca falta, la tierra no cansa de producir.

Desde este pueblo, por un camino hecho a mano, muy ancho y espacioso, el cual va así mas de cuatrocientas leguas, partió el dicho gobernador con toda la gente, que serian ciento y cincuenta españoles; los noventa de caballo y los demás de pie, ballesteros y arcabuceros y con espadas y rodela; y porque de la grandeza de este

camino y de otro que va por la tierra mas adentro, mas adelante trataremos, aquí no se dirá sino solamente de la pasada y jornada que se hizo por el; y así, unas veces yendo caminando por el y otras saliendo de el por otros, por muchas poblaciones y arboledas, como las que tengo dicho, llegamos a una provincia grande y viciosa, que se dice Caran, donde estuvimos por algunos días, dándonos los naturales de la tierra muchos mantenimientos, a los que se les hacía todo buen tratamiento, y en los pueblos que se nos hacía buena acogida, se tenía mucho cuidado que no se les hiciese agravio ninguno; y estando en este pueblo, el dicho gobernador Pizarro envió a un capitán llamado Hernando de Soto, con cierta gente, a descubrir lo que había detrás de una sierra que desde allí parecía; donde teníamos noticia que estaba un pueblo principal, el cual fue y entro en el dicho pueblo, y le vio y trujo noticia mas entera de la grandeza de la tierra, porque por el pasaba otro camino hecho a mano, muy mas grande que el que habíamos visto; desde el cual los de este pueblo, le contaron las jornadas y provincias que había hasta llegar a la ciudad del Cuzco, que es la principal de todas aquellas tierras, donde los señores de ellas residían ordinariamente; y así, con esta relación, se vino a donde el dicho Pizarro estaba; (/Folio 6 v.) y allí, después de habido su acuerdo de lo que se debía hacer, se determino de pasar adelante y ver y descubrir las provincias de adelante, de que se tenía gran noticia y llegar a Cajamarca con el ayuda de Nuestro Señor, que es donde el dicho Atabalica estaba; y estando ya determinados para partir, llevo un mensajero del dicho Atabalica, con cierto presente, que los señores usan unos a otros, cuando se envían a saludar; el cual dicho mensajero indio, entro con tanta desenvoltura a donde el dicho Pizarro estaba, como si toda su vida se hubiera criado entre los españoles; y después de haber dicho la embajada, que era decir que su señor le enviaba a preguntar que de que tierra veníamos y que era lo que queríamos, se holgó dos o tres días con nosotros, en los cuales el conto todos los españoles y caballos y armas que llevábamos, porque el intento de su embajada, era mas saber esto que decirlo; y en cabo de estos días, el dicho gobernador Pizarro le dio a el y a los que con el iban ciertas camisas y sartales de cuentas de España, de vidrios y jaspes y otras cosas que ellos tuvieron en mucho; y para Atabalica, una cosa aparte; y con esto y con muy buenas palabras de amistad que el dicho gobernador les dijo, se volvieron desde allí, a decir al dicho Atabalica como el iba a verse con el. es de saber que los indios de la tierra se entendían muy bien con los españoles; porque aquellos muchachos indios que en el descubrimiento de la tierra, Pizarro trujo a España, entendían muy bien nuestra lengua, y los tenía allí, con los cuales se entendía muy bien con todos los naturales de la tierra. Tornando al propósito, digo que de esta dicha provincia, el dicho capitán con toda su gente, partió por aquel camino adelante, pasando muchos pueblos grandes y señalados, de muchas florestas y arboledas, donde se vieron innumerables gentes y templos del sol, y otras cosas que por evitar prolijidad no se dicen.

Habiendo pasado muchas de estas poblaciones para ver de atravesar a la provincia de Cajamarca, donde el dicho Atabalica estaba, hubimos de dejar el camino real y tomar (hay una palabra tachada) otra travesía y subimos por una sierra pelada que tenía mas de legua y media de subir, de muy malos pasos; tales, que si el Atabalica se previniera de tener allí gente, fuera escusado pasar adelante; pero como nuestro Señor era servido que la tierra se conquistase y se allanase, permitió que este no se apercibiese de esto; antes, teniéndonos en muy poco y no haciendo cuenta que ciento y cincuenta hombres le habían de ofender, dio lugar y consintió que pasásemos por aquel paso, y por otros muchos tan malos como el; porque realmente, a lo que después se supo y averiguo, su intención era vernos y preguntarnos de donde veníamos y quien nos había echado allí, y que queríamos; porque era muy sabio y discreto, y aunque sin luz y escritura, amigo de saber y de sutil entendimiento; y después de holgándose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que a el mas le placían y sacrificar a los demás; pero como nuestro Señor era servido de lo hecho y quería que su santa Fe se plantase en aquellos barbaros, dispuso lo al revés de lo que el pensaba; y así fue, que después de haber caminado tres o cuatro jornadas por aquellas sierras y pasos ásperos, un jueves, en la tarde, que se contaron, (quince) días del mes de (noviembre) llegamos a vista del pueblo de Cajamarca y de el Real que el dicho Atabalica tenía asentado una legua de el; el cual dicho Real ocupaba mas de legua y media del valle, y eran tantas las tiendas que parecían, que cierto nos puso harto espanto; porque no pensábamos que indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan a punto; lo cual hasta allí, en las indias nunca se vio; que nos causo a todos los españoles harta confusión y temor, aunque no convenía mostrarse, ni menos (/Folio 7) volver atrás; porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos indios que llevábamos nos mataran; y así, con animoso semblante, después de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo y entramos en el pueblo de Cajamarca, donde solamente había la gente popular y algunos de la gente de guerra de Atabalica, que se desmandaban a venir a vernos, desde su Real hasta allí, que había una legua, por una calzada hecha a mano, harto de ver. Llegados al dicho pueblo, sin que nadie se apease, se acordó que Hernando Pizarro, su hermano, con hasta treinta de caballo, personas principales y con Martin, lengua, fuese al Real del dicho Atabalica, a le hacer saber la llegada, y que orden quería tener en las vistas, y si quería que fuesen en aquel pueblo o allí donde el estaba; porque todo seria como el lo mandase; el cual dicho Hernando Pizarro fue y yo con el; y llegamos a una acequia, que se pasaba por una puente, a una casa de placer que estaba en aquel valle, donde el dicho Atabalica tenía unos baños, cosa harto de ver; donde a la pasada de la dicha puente estaban muchos escuadrones de indios, con sus armas en las manos; y así fuimos pasando por ellos, sin nos hacer daño, ni nosotros a ellos, señalándonos donde estaba el gran señor; llegados al patio de la dicha casa, que tenía delante de ella, vimos estar en medio de gran muchedumbre de

indios, asentado aquel gran señor Atabalica, de quien tanta noticia y tantas cosas nos habían dicho, con una corona en la cabeza y una borla que le salía de ella y le cubría toda la frente; la cual era la insignia real; sentado en una silueta, muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran sentarse; el cual estaba con tanta majestad y aparato, cual nunca se ha visto jamás; porque estaba cercado de mas de seiscientos señores de su tierra. Comenzada por Hernando Pizarro la plática, que era decirle nuestra llegada y como éramos vasallos de un emperador, gran señor, el cual nos enviaba a saber y descubrir aquellas tierras y a predicar en ellas la fe de Jesucristo nuestro Dios, y a doctrinarle y enseñarle a el y a los suyos en ella; y otras muchas palabras de amistad y de paz; las cuales por el oídas, con ser su inclinación preguntarnos y saber de donde veníamos y que queríamos, y ver nuestras personas y caballos, tuvo tanta serenidad en el rostro y tanta gravedad en su persona, que no quiso responder palabra a lo que se le decía, salvo que un señor de aquellos que estaban par de el, respondía: <bien esta>. Visto por el dicho Hernando Pizarro que el no hablaba y que aquella tercera persona respondía de suyo, torno le a suplicar que el hablase por su boca y le respondiese lo que quisiese; el cual a esto volvió la cabeza a mirarle, sonriéndose, y le dijo: “Decid a ese capitán que os envía acá, que yo estoy en ayuno y le acabo mañana por la mañana, que en bebiendo una vez, yo iré con algunos de estos principales míos a verme con el; que en tanto, el se aposente en esas casas que están en la plaza, que son comunes a todos, y que no entren en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandare lo que se ha de hacer”. Dada esta respuesta, dijo aquel mismo principal, que nos apeásemos a comer; lo cual con la mejor excusa que se pudo dar no se acepto y el dijo: “Pues no queréis comer, bebed del vino de esta tierra, ahí donde estáis”, lo cual ya no se pudo dejar de hacer; y así, salieron unas matronas con vasos de oro en las manos, y dieron de beber a los que mas cerca de ellas se hallaron. Hecho esto, el tenía mucho ojo en los caballos y ciertamente, a el le parecían bien; entendido esto, un capitán, Hernando de Soto, llevaba un caballejo ponedor y pregunto le si quería que le corriese por aquel patio, y el hizo señas que si; y así escaramuzo por allí, con buena gracia, un poco. el caballejo era animoso, echaba mucha espuma de la boca, (/Folio 7 v.) de lo cual, de ver la presteza con que revolvía, el se maravillo; aunque mas admiración hacia la gente común, entre si habría gran murmullo; y un escuadrón de gente, viendo venir el caballo para si, se retrajo hacia atrás; lo cual, los que lo hicieron pagaron aquella noche con las vidas; porque Atabalica los mando matar, porque habían mostrado temor. Hecho esto, y visto y atalayado la grandeza del ejercito y las tiendas, que era bien de ver, nos volvimos a donde el dicho capitán nos estaba esperando, harto espantados de lo que habíamos visto; habiendo y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debía hacer, estando todos con mucho temor, por ser tan pocos y estar tan metidos en la tierra, donde no podíamos ser socorridos; porque desde allí a la villa de San Miguel había mas de ochenta leguas. Llegados donde estaba el dicho gobernador y dicho le lo que pasaba, juntaron se todos aquella noche, en su posada, a platicar en lo que se haría otro día; y así, aquella noche, mostrando los españoles mucho animo y regocijo, durmiendo pocos, hicimos la guardia en la plaza, de donde se vean los fuegos del ejercito de los indios; lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera, la mayor parte, y tan juntos unos de otros, no parecía sino un cielo muy estrellado. Venida la mañana, viernes, oímos misa, encomendándonos a nuestro Señor, suplicándole nos tuviese de su mano. Hecho esto, el gobernador mando que toda la gente de caballo se estuviese en su aposento, que al rededor de la plaza tenían; a punto, para que si fuese menester y Atabalica viniese de otra manera de la que había dicho, pudiesen pelear con el, y la gente de pie estuviese junta con el; porque el quería pelear a pie, lo cual el sabia mejor hacer así que a caballo. Concertada la gente de esta manera, hizo poner dos atalayas en una mezquita de piedra que estaba en la plaza, para que atalayasen y vieses que gente venía; los cuales se pusieron, y desde arriba atalayaban y vean lo que se hacia en el Real; y desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en todo ese tiempo, se gasto en aderezar los escuadrones de la gente de guerra y ponerlos en orden, y los otros aparejos y arreos que para la persona de Atabalica y sus mujeres y privados eran necesarios: es de saber, que ningún hombre de mas de cincuenta mil que tenia de guerra, estaba sin una patena, en la frente, muy acicalada, de cobre o de oro o de plata; las cuales daban tan gran resplandor, que ponía espanto y temor de verlo.

A la hora de las cuatro comienzan a caminar por su calzada adelante, derecho, a donde nosotros estábamos; y a las cinco o poco mas, llego a la puerta de la ciudad, quedando todos los campos cubiertos de gente; y así, comenzaron a entrar por la plaza hasta trescientos hombres como mozos de espuela, con sus arcos y flechas en las manos, cantando un cantar no nada gracioso para los que lo oíamos; antes espantoso, porque parecía cosa infernal; y dieron una vuelta a aquella mezquita, amagando al suelo con las manos, a limpiar lo que por el estaba, de lo que había poca necesidad, porque los del pueblo le tenían bien barrido, para cuando entrase. Acabada de dar su vuelta, pararon todos juntos, y entro otro escuadrón de hasta mil hombres, con picas sin hierros, tostadas las puntas, todos de una librea de colores: digo, que la de los primeros era blanca y colorada, como las casas de un ajedrez. entrado el segundo escuadrón, entro el tercero, de otra librea, todos con martillos en las manos, de cobre y plata que es un arma que ellos tienen; y así de esta manera, entraron en la dicha plaza muchos señores principales, que venían en medio de los delanteros (/Folio 8) y de la persona de Atabalica; detrás de estos, en una litera muy rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venia la persona de Atabalica; la cual traían ochenta señores en hombros; todos vestidos de una librea azul muy rica; y el, vestido su persona muy ricamente, con su

corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes; y sentado en la litera, en una silla muy pequeña, con un cojín muy rico. en llegando al medio de la plaza paro, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera, y toda la gente de guerra que entraba en la plaza le ceñían en medio, estando dentro hasta seis o VII mil hombres; como el vio que ninguna persona salía a él ni parecía, tuvo creído, y así lo confeso el después de preso, que nos habíamos escondido, de miedo de ver su poder, y dio una voz y dijo: “Donde están estos?” a la cual salió del aposento del dicho gobernador Pizarro, el Padre Fray Vicente de Valverde, de la orden de los Predicadores, que después fue obispo de aquella tierra, con la Biblia en la mano y con el Martín, lengua; y así juntos, llegaron por entre la gente a poder hablar con Atabalica; al cual le comenzó a decir cosas de la Sagrada escritura y que nuestro Señor Jesucristo mandaba que entre los suyos no hubiese guerra ni discordia, sino toda paz; y que él en su nombre así se lo pedía y requería; pues había quedado de tratar de ella él antes, y de venir solo, sin gente de guerra; a las cuales palabras y otras muchas que el fraile le dijo, él estuvo callando sin volver respuesta; y tornándole a decir que mirase lo que Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que llevaba en la mano, escrito, admirándose, a mi parecer más de la escritura que de lo escrito en ella, le pidió el libro y le abrió y hojeó, mirando el molde y la orden de él, y después de visto, le arrojó por entre la gente, con mucha ira y el rostro muy encarnizado, diciendo: “decidle a esos, que vengan acá, que no pasare de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra”. Visto esto por el fraile y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y abajo su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo y dijo le: “¿No veis lo que pasa? para que estéis en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios? Salid a él, que yo os absuelvo!”; y así, acabadas de decir estas palabras, que fue todo en un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada con toda la gente de pie que con él estaba, diciendo: “Santiago, a ellos!” y así salimos todos a aquella voz, a una; porque todas aquellas casas que salían a la plaza, tenían muchas puertas y parece que se habían hecho a aquel propósito. en arremetiendo los de caballo y rompiendo por ellos, todo fue uno; que sin matar sino solo un negro de nuestra parte, fueron todos desbaratados y Atabalica preso, y la gente puesta en huida; aunque no pudieron huir de tropel, porque la puerta por donde habían entrado era pequeña, y con la turbación no podían salir; y visto los traseros cuán lejos tenían la acogida y remedio de huir, arrimaron se dos o tres mil de ellos a un lienzo de pared y dieron con él en tierra; el cual salía al campo, porque por aquella parte no había casas; y así tuvieron camino ancho para huir; y los escuadrones de gente que habían quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los más de ellos, fueron desbaratados, y se pusieron en huida; que era cosa harto de ver, que un valle de cuatro o cinco leguas, todo iba cuajado de gente; en esto vino la noche muy presto y la gente se recogió y Atabalica se puso en una casa de piedra, que era el templo del sol; y así se pasó aquella noche con gran regocijo y placer de la victoria que nuestro Señor nos había dado, poniendo mucho recaudo en hacer guardia a la persona de Atabalica; para que no volviesen a tomárnosle. Cierto, fue permisión de Dios y grande acertamiento, guiado por su mano; porque si este día no se prendiera, con la soberbia que traía, aquella noche fuéramos todos asolados, por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos.

Otro día por la mañana, un capitán, con cierta gente, fue a ver el campo y tiendas del dicho Atabalica; el cual era cosa mucho de ver; porque se hallaron muchas tiendas llenas de ropas nuevas, las cuales tenían para dar libreas a las gentes de su ejército; porque de ahí a pocos días estaba acordado de hacer su coronación y gran fiesta en ello; porque él había vencido a su hermano llamado Huáscar, señor universal de toda la tierra, y se le traían sus capitanes presos; que le habían vencido en la ciudad del Cuzco; y allí estaba acordado de hacer sacrificio de él en las mismas fiestas; (Folio 8 v.) hallaron se innumerables bastimentos, así de carnes y cecinas como de aquellas ovejas, unas para carga y otras para comer; muchos pertrechos y armas; todas estas cosas de tiendas y ropas de lana y algodón eran en tan gran cantidad, que a mi parecer, fueran menester muchos navíos en que cupieran; y así como cosa tan abundante, se quedó allí para que sus dueños lo recogiesen y pusiesen en cobro. el oro y la plata y otras cosas de valor se recogió todo y se llevó a Cajamarca y se puso en poder del Tesorero de Su Majestad.

Estando Atabalica en su prisión dijo grandes cosas del pensamiento que tenía de lo que había de hacer de los españoles y caballos; porque era tan discreto y desenvuelto, que sin preguntarle nada, visto lo que le había acaecido ser tan al revés de lo que él tenía pensado, decía, (hay unas palabras tachadas) haciendo admiración de la traza que tenía hecha (hay unas palabras tachadas) como tenía acordado de tomar los caballos y yeguas que era la cosa que mejor le pareció, para hacer casta, y a los españoles a unos sacrificar al Sol y a otros castrarlos para el servicio de su casa y guarda de sus mujeres, como ello acostumbra. Decía que la causa de haber consentido que entrásemos por la tierra, había sido ver cuán pocos éramos; que desde el primer día que desembarcamos tuvo noticia de cuántos españoles y caballos íbamos; pues hacia él cuenta que parte podíamos nosotros ser siendo tan pocos para la muchedumbre de sus gentes; porque en dos ejércitos tenía más de cien mil hombres. a mi parecer él tenía razón de hacer esta cuenta, si Dios nuestro Señor no fuera servido de tomársela y hacer maravillosamente lo que hizo.

Luego como fue sabida su prisión por todos sus señoríos, vinieron de cada provincia a visitarlo a el y a ver a los españoles, y cada uno traía presentes de lo que había en su tierra, así de oro como plata y otras cosas. era grande el acatamiento con que entraban a hablarle, y el se había con ellos muy como príncipe, no mostrando menos gravedad estando preso y desbaratado, que antes que aquello le acaciese. un día, estándole preguntando por su tierra y señoríos, y el respondiendo con buen semblante y alegría dijo: que toda la tierra era muy rica de oro y plata; y que le parecía que aquellos metales eran lo que mas nosotros estimábamos; que el tenía manera como de aquello se juntase mucho; porque en las mezquitas y templos del Sol y en otras partes estaba mucho. Verdad es que todas estas promesas que hacia, las hacia como hombre temeroso que le habían de matar y que tenía en poco aquello que prometía; así por haber mucho en la tierra, como porque ofrecía lo que el había tomado tiranamente a su hermano Huáscar, señor de la tierra, que por fuerza se la había ganado toda y prendido le, como tengo dicho.

En todo el tiempo de su prisión, siempre se le hizo muy buen tratamiento; y aquel padre dominico, tenía cuidado de predicarle y hacerle entender las cosas de nuestra santa Fe y darle noticia de todo y de lo que le convenía para su salvación; y el gobernador le hacia entender como iba por mandado de S. M. a descubrir y requerir todas aquellas tierras, que viniesen los naturales de ellas a su obediencia y al yugo y obediencia de la iglesia; lo cual se le hacia muy bien entender por las buenas lenguas de interpretes que había; para lo cual, al parecer de todos, el tenía muy buen entendimiento, y respondía como hombre que entendía lo que se le decía. Creo yo que se asentó con el la paz de parte de S. M. y que el se dio por su vasallo, y que se hicieron aquellas diligencias que se suelen hacer. Sabido por el gobernador que cerca de allí venia el Huáscar, su hermano, que se le traían preso (/Folio 9) de la ciudad del Cuzco, dijo a Atabalica que el sabía como su hermano venia preso y había sido desbaratado por su gente; y que le habían dicho que el había enviado a mandar que donde quiera que le topasen en el camino, le matasen; que en ninguna manera el tal hiciese; porque de aquellas cosas Dios nuestro Señor era deservido y que también lo seria el emperador; que venido el, habría información de entrambos; cuyo fuese el señorío de la tierra, y les administraría justicia y se daría orden de paz y concordia entre ellos; lo cual le debió de hacer mal sabor; porque luego, de ahí a pocos días, vino nueva que su hermano era muerto y el se disculpo con decir que el no lo había mandado y que los que le traían a cargo lo habían hecho de suyo; lo cual le fue reprendido por el gobernador y predicador; pero como era cosa que ordinariamente el acostumbraba a hacer en sus hermanos, débale poco de ninguna reprensión; porque a lo que el mismo dijo, el había muerto a otros muchos de ellos que habían seguido la parcialidad del hermano; y uno, dicen, que viéndole con embajada de su hermano, le hizo quitar el cuero vivo, delante de el, y con la cabeza del hermano guarnecida de oro, bebía; esta se tomo el día de su desbarate. También es de saber que ellos fueron cien hermanos y hermanas.

Desde a dos meses, poco mas o menos que Atabalica fue preso, se acordó que saliese alguna gente a ver y calar la tierra, la vía del Cuzco, para saber los pasos y caminos y ríos caudales, y ver aquellas puentes de red y maromas y si las podrían pasar los caballos; para que no moviésemos de allí, sin saber por donde íbamos. Sabido esto por Atabalica dijo, que pues el gobernador quería enviar a ver la tierra hacia el Cuzco, que poco al través del camino real estaba la gran mezquita de Pachacama, donde iban de toda la tierra a romería y era el principal santuario y adoratorio de ella; que seria bien que la fuesen a ver de camino, que en ella había mucha cantidad de oro y plata; y que allí estaba un sacerdote de ella, que iría con la gente; y así se partió Hernando Pizarro con hasta veinticinco españoles; los quince de caballo y diez arcabuceros, para la dicha mezquita; yendo por el camino real del Cuzco, mas de LXXX leguas, donde se pasaron grandes provincias, especial, la de Guaman, Chusco y Pombo, y muy grandes sierras y ríos muy poderosos, y aquellas puentes hechas de red, que hasta pasar la primera y perder el temor fue harta confusión; por que son de esta manera: Los ríos son muy grandes y muy furiosos; porque descenden de aquellas grandes montanas, y donde hace mayor estrechura y van mas espantables y mas recogida el agua, allí hacen un cimientto grande de piedra, de una parte y de otra; y atravesados unos gruesos maderos, por la cantería, atraviesan unas maromas de parte a parte del rio, de una mimbres gruesa, hechas de la forma y manera que son unas sogas de anoria, salvo que aquellas maromas son tan anchas cada una como tres palmos; y así juntas media docena de ellas, pasadas de parte a parte del rio, del anchor de una carreta, téjenlas con unos cáñamos fuertes y atraviesan unos palos para que estén fuertes y no se puedan destejer; y hecho esto, háchenles su borde de una parte y de otra como unos corcos (?) a una carreta; y así esta ella puesta en el aire, muy mas alta del agua que acá lo están; pues para pasar los caballos, animales que tanto pesan y tan temerosos y espantadizos, por una cosa hecha en el aire, tuvo se por imposible; que para gente de pie y aquellos ganados de poco peso, bastantes eran. Finalmente, que ello se probó a pasar con los caballos y aunque al principio rehusaron, metidos dentro, parece que el temor les hacia prestar paciencia; y así uno en pos de otro, pasaron todos, y en esta primera puente no hubo desgracia; y seguimos nuestro viaje pasando pueblos y provincias y sierras extrañas, aunque los caminos muy buenos; donde a cabo de veinte jornadas llegamos con hartto trabajo y cansancio a aquel pueblo de Pachacama, donde estaba aquel ídolo tan nombrado, llamado de ese mismo nombre. acacianos una cosa muy donosa, una noche, antes que llegásemos a el, en un pueblo junto a la mar; que nos tembló la tierra de un recio temblor y los indios que llevábamos, que muchos de ellos se iban tras

nosotros a vernos, huyeron aquella noche, de miedo, diciendo que Pachacama se enojaba porque íbamos allá, y todos habíamos de ser destruidos. Llegados al pueblo comenzamos a caminar derecho a la mezquita, la cual era cosa de ver y de gran sitio, teniendo en la primera puerta dos porteros, a la cual llegamos a pedirles que nos dejasen subir, porque queríamos ver a Pachacama; los cuales respondieron que, a verle ninguno llegaba; que si queríamos algo, que ellos lo dirían al sacerdote para que se lo dijese. Hernando Pizarro (/Folio 9 v.) les dijo ciertas cosas y que en todo caso el había de subir donde estaba, porque el y aquellos españoles venían de muy lejos a verle; y así, contra su voluntad y de ruin gana nos llevaron, pasando muchas puertas, hasta llegar a la cumbre de la mezquita; la cual era cercada de tres o cuatro cercas ciegas, a manera de caracol; y así se subía a ella; que cierto, para fortalezas fuertes eran mas a propósito que para templo del demonio. en lo alto estaba un patio pequeño delante de la bóveda o cueva del ídolo, hecho de ramadas, con unos postes, guarnecidos de hoja de oro y plata, y en el techo puestas ciertas tejeduras, a manera de esteras, para la defensa del sol: porque así son todas las casas de aquella tierra, que como jamás llueve, no usan de otra cobija; pasado el patio estaba una puerta cerrada, y en ella las guardas acostumbradas, la cual, ninguno de ellos oso abrir. esta puerta era muy tejida de diversas cosas: de corales y turquesas y cristales y otras cosas. Finalmente que ella se abrió y según la puerta era curiosa, así tuvimos por cierto que había de ser lo de dentro; lo cual fue muy al revés y bien pareció ser aposento del diablo, que siempre se aposenta en lugares sucios. abierta la puerta y queriendo entrar por ella, apenas cabía un hombre, y había mucha oscuridad y no muy buen olor. Visto esto trujaron candela; y así entramos con ella en una cueva muy pequeña, tosca, sin ninguna labor; y en medio de ella estaba un madero, hincado en la tierra, con una figura de hombre hecha en la cabeza de el, mal tallada y mal formada, y al pie y a la redonda de el muchas cosillas de oro y de plata, ofrendadas de muchos tiempos, y soterradas por aquella tierra. Visto la suciedad y burlería del ídolo nos salimos afuera, a preguntar que por que hacían caso de una cosa tan sucia y torpe como allí estaba; los cuales, muy espantados de nuestra osadía, (volvían por la honra de su dios y decían que aquel era Pachacama, el cual les sanaba de sus enfermedades; y a lo que allí se entendió, el demonio aparecía en aquella cueva a aquellos sacerdotes y hablaba con ellos y estos entraban con las peticiones y ofrendas de los que venían en romería, que es cierto, que de todo el señorío de Atabalica iban allí, como los moros y turcos van a la casa de Meca. Vista la suciedad que allí estaba y la ceguedad en que todas aquellas gentes estaban, juntando a todos los mas principales del pueblo y haciéndoselo entender, en presencia de todos, se derroco y abrió aquella cueva, la cual había muy pocos que hubiesen entrado en ella; y como vieron nuestra determinación y les cuadrase lo que cerca del engaño que tenían se les decía, ellos mismos mostraban holgarse de ello; y así con mucha solemnidad se puso una cruz grande encima de aquel aposento que por tan suyo tenia el demonio. echo esto, nos aposentamos en el pueblo abajo, en el cual estuvimos hasta treinta días, donde buscamos todas aquellas casas de depósitos donde guardaban el oro y plata, lo cual, todo tenían alzado y escondido, que no se hallo sino muy poco y lo que no quisieron llevar. en este tiempo, a la nueva de lo hecho y a vernos, venían todos los pueblos comarcanos y traían presentes de oro y plata. esta mezquita estaba entre tierras muy pobladas y ricas, y así se junto buena cantidad de oro y plata.

De este pueblo de Pachacama, el capitán Hernando Pizarro tuvo noticia que en la ciudad de Jauja estaba el capitán General de Atabalica con mucha gente de guerra de la que se había hallado en el desbarato del Huáscar, hermano suyo; y como este capitán era el mas principal y el que lo había hecho todo, acordó de irse a ver con el y a procurar con buenas palabras, y atraerle para que fuese con el a donde Atabalica estaba; y aunque la gente estaba muy destrozada y los caballos cansados y sin herraje, determino su partida y entro la tierra adentro, y pasando grandes puertos de nieve y desiertos y sierras, llego a la dicha ciudad de Jauja, con harto trabajo, y sin herraduras los caballos; donde hallo a Chalicuchima, con innumerable gente, con el cual, blandamente, se comenzó a tratar, atrayéndole que se volviese desde allí adonde Atabalica estaba, dejando allí toda la gente de guerra; el cual lo hizo así y dejando allí un teniente suyo, se partió para Cajamarca, donde estaba el dicho Atabalica. en este pueblo nos hicieron los indios herraduras de plata y de cobre, con las cuales volvimos donde el dicho gobernador estaba, a cabo de tres meses que tardamos en la jornada; (/Folio 10) donde con gran regocijo y alegría nos salieron a recibir los españoles; llegados al aposento donde el gobernador y Atabalica estaban, entro aquel capitán descalzo, con una carga a cuestras, a ver a su señor, y con ser la principal persona de su reino, no le miro ni hizo caso de el, mas que si fuera otro común; y llego y le beso los pies y las manos y le dio paz en el rostro y así dándole de mano, se salió y se fue a su aposento.

Aquí hallamos que era ya llegado el capitán Almagro, con cierta gente y navíos, los cuales quedaban en el puerto de San Miguel; y el se había venido por tierra, por los mismos pueblos donde |B| dicho gobernador Pizarro había venido. Llegado el dicho Hernando Pizarro y Almagro, todos juntos, comenzaron a tratar del repartimiento del oro y plata; y así se hizo y repartió entre la gente; dando al de caballo dos partes y al de pie una, y sacado el quinto para S. M., lo demás se repartió a disposición del dicho gobernador; que fue por todo el oro, así lo que trujaron de presentes como lo que se trujo de Pachacama y del Cuzco y de otras diversas partes, . . . (en blanco) Cupo a cada hombre de caballo . . . (en blanco) pesos de oro y (hay una silaba tachada) marcos de plata, a la gente que llego después de todo recogido, con Almagro, se le dio algún socorro de gracia, no porque ellos

tuviesen parte en el. Hecho este repartimiento y fundido y marcado y dado el quinto de S. M. a su tesorero, estando dando forma como se llevaría a Atabalica de camino y que guarda se le pondría, y consultando y tratando si seríamos parte para defenderle en aquellos pasos malos y ríos si nos le quisiesen tomar los suyos, comenzó se a decir y a certificar entre los indios, que el mandaba venir gran multitud de gente sobre nosotros; esta nueva se fue cundiendo tanto, que se tomo información de muchos señores de la tierra, que todos a una dijeron que era verdad que el mandaba venir sobre nosotros para que le salvarsen y nos matasen si pudiesen; y que estaba toda la gente en cierta provincia, ayuntada, que ya venia de camino; tomada esta información, juntaron se el dicho gobernador y Almagro y los oficiales de S. M., no estando ahí Hernando Pizarro, porque ya era partido para España, con alguna parte del quinto de S. M. y a darle noticia y nueva de lo acaecido, y reunieron se, aunque contra voluntad del dicho gobernador, que nunca estuvo bien en ello; que Atabalica pues quebrantaba la paz y quería hacer traición y traer gentes para matar los cristianos, muriese; porque con su muerte cesaría todo y se allanaría la tierra, a lo cual hubo contrarios pareceres y la mas de la gente se paso en defender que no muriese. al cabo, insistiendo mucho en su muerte el dicho capitán Almagro, y dando muchas razones por que debía morir, el fue muerto; aunque para el no fue muerte sino vida, porque murió cristiano y es de creer que se fue al cielo. Publicada por toda la tierra su muerte, la gente común y de pueblo se venían donde el dicho gobernador estaba a dar la obediencia a S. M.; pero los capitanes y gente de guerra que estaban en Jauja y en el Cuzco, antes se rehicieron y no quisieron venir de paz. aquí acaeció la cosa mas extraña que se ha visto en el mundo, que yo vi por mis ojos (que es, tachado en el original) y fue que, estando en la iglesia cantando los oficios de Difuntos a Atabalica, presente el cuerpo, llegaron ciertas señoras, hermanas y mujeres suyas y otros privados con gran estruendo, tal, que impidieron el oficio y dijeron que les hiciesen aquella huesa muy mayor, porque era costumbre cuando el gran señor moría que todos aquellos que bien le querían se enterrasen vivos con el; a los cuales se les respondió que Atabalica había muerto como cristiano, y como tal le hacían aquel oficio, que no se había de hacer lo que ellos pedían, que era muy mal hecho y contra cristiandad; que se fuesen de allí y que no les estorbasen y se le dejasen enterrar; y así se fueron a sus aposentos y se ahorcaron todos, ellos y ellas. Las cosas que pasaron en estos días y los extremos y llantos de la gente, son muy largas y prolijas y por eso no se dirán aquí.

Desde a XXX o XL días que Atabalica fue muerto, el dicho gobernador, con la gente que el tenia y le había llegado con el dicho capitán Almagro, se partió de la dicha provincia de Cajamarca, la vía del Cuzco; donde llegado a la dicha ciudad de Jauja, que es de allí cien leguas, hallo que la gente de guerra que allí había quedado estaba de mal arte y se pusieron en armas contra los españoles y pelearon con ellos y fueron desbaratados, (Folio 10 v.) y se retrajeron e hicieron fuertes en una parte del valle; a los cuales desde a dos o tres días fue un capitán, con cierta gente y los desbarato; y pasaron una puente de aquellas de red y la pusieron fuego, que no se pudo pasar a ellos, y así, su paso a paso, comenzaron a caminar la vía del Cuzco, para se juntar con la otra gente de guarnición que allí estaba, y defender la entrada a los españoles.

Tomado descanso en el dicho pueblo de Jauja y hecha una iglesia v puesto en recaudo el oro y plata de S. M.; dejando en el dicho pueblo la gente que pareció que bastaba, con toda la demás de pie y de caballo, el dicho gobernador acordó de partirse para el Cuzco, antes que en la ciudad se juntasen mas gentes, y así se partió para allá, pasando aquellas puentes de red y muchos pasos ásperos y pueblos grandes, donde al capitán Hernando de Soto, que iba una jornada adelante, con cierta gente de caballo, en la provincia de Vilcas, le aguardaron los indios y pelearon con el, los cuales fueron desbaratados y le hicieron poco daño. Pasando mas adelante, cuatro jornadas, en una sierra donde tenían un ídolo, que se llama Bilcaninca, cinco leguas del Cuzco, le tornaron a aguardar otra vez y llevando los caballos muy cansados le pusieron en grande estrecho y le entraron e hirieron muchos españoles y caballos y estuvo a punto de se perder todo; y quiso nuestro Señor, que fue parte para defenderse en una llanada, hasta que llevo el dicho gobernador con la otra gente, los cuales, todos juntos, ganaron aquel paso y echaron los enemigos de el, y llegaron a un pueblo grande, que se dice Jaquijaguana, donde descansaron tres o cuatro días, que es cuatro leguas de la ciudad del Cuzco; donde supieron que en un paso malo, junto a la ciudad, les estaban aguardando para defenderla; sabido esto, con mucho concierto, las atalayas de caballo delante, partieron del dicho pueblo, y dos horas antes que el sol se pusiese llegaron a vista de la ciudad del Cuzco, donde se descubrió la gente de guerra, que era en grandísima cantidad; vista por las atalayas vinieron a dar el mandado. Comenzamos a caminar, todos recogidos, y salieron a nosotros con gran grita, de terminación; y sufridos los primeros encuentros y alaridos, rompimos por ellos, matando e hiriendo muchos de ellos; finalmente, que en espacio de una hora los echamos del paso y se lo ganamos, y ellos se hicieron mas fuertes en otro; aunque desviados de nosotros y de la ciudad. allí hicimos noche y otro día de mañana entramos en ella sin ninguna defensa, porque los naturales nos recibieron de buena voluntad; y así nos aposentamos en una plaza principal de ella, donde estaban las casas de Atabalica y de otros príncipes y señores que allí residían. Los indios de guerra se retrajeron a una fuerza, cinco leguas de allí, y por algunos días estuvimos en la ciudad tomando descanso y viendo las cosas de ella, que eran harto de ver.

Esta ciudad esta asentada en un valle, entre sierras muy ásperas; la mayor parte de ella estaba en una ladera como Burgos, y encima de la ladera una fortaleza de piedra, soberbio y grande edificio, con sus torres y cercas; junto a ella nace un rio, el cual baja por medio de la ciudad, y desde que nace, mas de veinte leguas por aquel valle abajo, donde hay muchas poblaciones, va enlosado todo por el suelo, y las barrancas de una parte y de otra, hechas de cantería labrada, cosa nunca vista ni oída. La plaza de la ciudad era casi cuadrada, no grande ni pequeña. aquella casa de Atabalica que esta en ella tenia dos torres de buen parecer una portada rica chapada de piezas de plata y de otros metales que parecían bien. en la plaza había una puerta donde había un monasterio que se llamaba atuncancha, cercado todo de una muy hermosa cantería, dentro de la cual cerca había mas de cien casas, donde residían (/Folio 11) los sacerdotes y ministros del templo y las mujeres que Vivian castamente, a manera de religión, que llamaban por nombre mamaconas, las cuales eran en gran cantidad. arrimado a este recinto, una calle en medio, estaba el templo del Sol, muy grande, todo labrado de piedra muy prima, que cierto toda la cantería de esta ciudad hace gran ventaja a la de España; aunque carecen de teja, que todas las casas, si no es la fortaleza que era hecha de azoteas, son cubiertas de paja, aunque tan primamente puesta, que parecía bien. esta ciudad era grande, extensa y de mucha vecindad, donde muchos señores tenían casas; era muy junta y de buenos edificios. Hallaron se en ella cosas muy de ver labradas de pluma y lana; tomo se en ella mucha cantidad de oro y plata, aunque no de particulares, sino que se hallaba en aquellos templos y oratorios y cuevas y enterramientos donde estaba echado como cosa no tenida en mucho; y tomaron se muchas vasijas de oro y plata y entre ellas ocho trojes de plata en que tenían el trigo o maíz para el templo; creo que pesaron estas trojes, después de fundidas, veinticinco mil marcos de plata.

Hallaron se en la ciudad y en ciertos templos a ella comarcanos, muchas estatuas y figuras de oro y plata enteras, hechas a la forma toda de una mujer y del tamaño de ella, muy bien labradas y formadas las facciones, de vaciadizo, que creo yo que era de lo primo que se puede labrar, en ninguna parte; de estas hubo mas (de) veinte estatuas de oro y de plata, estas debían de ser hechas a imagen de algunas señoras muertas; porque cada una de ellas tenia su servicio de pajes y mujeres, como si fueran vivas; las cuales las servían y limpiaban con tanta obediencia y respeto, como si estuvieran en su propia carne, y las guisaban de comer tan a punto y tan regaladamente como si en efecto lo hubieran de comer; y así se lo llevaban y ponían delante; y haciendo cierta oración al Sol se lo quitaban y lo comían aquellos sus sirvientes, derramando contra el Sol alguna parte del manjar. Hallaron se en esta ciudad grandes vasijas y artificios para beber, de oro y plata, bien labrado, gran cantidad; sin numero de plumajes y aderezos para la guerra; innumerable cantidad de lana, en casas y depósitos y cajas de depósitos de cada una cosa de lo que la tierra produce, desde las lagartijas y cojjijos, hasta todas las otras cosas, que de todo ello tributaban al señor y a los templos, y allí se guardaba por manos de mayordomos para las necesidades y gentes de guerra y anos estériles; entiende se que en esta generalidad entra maíz y vino de lo que ellos acostumbraban a hacer, y así todas las otras cosas de mantenimientos.

Una legua de esta ciudad, en un risco a manera de fortaleza estaba el enterramiento de los príncipes, cosa harto de ver; donde estaban por orden, todos embalsamados y vestidos de muchas ropas, una sobre otra, para con el bálsamo conservar los cuerpos que no se corrompiesen, con unas diademas en la cabeza. es de saber que esta tierra, a la cuenta de los mas ancianos, no había noventa anos que era sujeta a príncipe; y daban por menor a y nombraban todos los príncipes que había habido; y aunque no tienen escrituras, por ciertas cuerdas y nudos recuerdan a la memoria las cosas pasadas aunque lo mas principal de acordarse es por los cantares que tienen, como acá tenemos, de cosas y batallas pasadas antiguamente, que si faltase la escritura, por aquellos cantares tendríamos memoria de los pasados que hicieron hazañas señaladas. antes que la tierra se sojuzgase, en cada pueblo y provincia había un señor, y este no reconocía superioridad a nadie, mas de regir y gobernar su tierra y defenderla si alguno se la quería tomar. el primero que dicen los indios que sujeto la tierra así, e hizo algunas provincias que le tuviesen por señor, fue uno llamado Gualnava; este dicen que fue muy valeroso y gran hombre de guerra; este fundo la ciudad del Cuzco; digo la reedifico e hizo aquella fortaleza, de donde sojuzgo mucha parte de la tierra. este tuvo hijos que fueron ganando y conquistando y atrayendo gentes a su servicio y sus nietos hicieron lo mis no hasta que Huaina Capa, padre de Atabalica la acabo de allanar y sujetar, así que ninguna cosa de todo lo que el tuvo noticia le quedo por ganar; este fue príncipe muy tenido y querido, y el que atras se dice que tuvo cien hijos e hijas; no es de maravillar que los tuviese, pues tenia muchas mas mujeres.

Esta ciudad del Cuzco, era la cabecera de todos aquellos reinos, donde ordinariamente residían los príncipes; venían a dar a ella y a juntarse en cruz cuatro caminos, (/Folio 11 v.) de cuatro reinos o provincias, bien grandes, que a ella eran sujetos, que eran Chinchasuyo, Collasuyo, Andisuyo y Condesuyo; estos llevaban allí los tributos a los príncipes y allí estaba la silla imperial.

Al principio dije que adelante especificaría mas la grandeza y arte de los caminos, y porque me parece que es cosa digna de saber, diré aquí como son y de donde a donde van hechos a mano. Ya dije que desde el rio de

Tallame (sic) se tomo aquel camino ancho y hecho a mano, por donde comenzamos a caminar, por la costa de la mar adelante, por las provincias y región caliente, donde nunca llueve. este va a dar al Cuzco después de ir por la costa de mai mas de trescientas leguas, y después atraviesa la tierra adentro al Cuzco y es uno de los cuatro que digo que entran en el; va todo hecho por cordel de una medida, muy ancho, y en las partes que están a menudo las poblaciones va a trechos, dos y tres y cuatro leguas mas o menos, plantado de arboles de una parte y de otra, que se juntan arriba y hacen sombra a los caminantes; y donde estos faltan, van paredes hechas de una parte y de otra, y en ellas pinturas de monstruos y pescados y otros animales para que mirándolos pasen tiempo los caminantes, y en todo lo que hay poblaciones y agua van acequias de una parte y de otra; hay grandes florestas y arboledas que mirar, y como el agua siempre es de pie de aquellos ríos grandes, que de arriba descienden, que riegan la tierra como el Nilo, todo el ano hay grandes verduras; hay frutas razonables de diversas maneras, asi como son unas que se llaman guabas, a manera de cana fístulas sino que son mas anchas (hay una palabra tachada), estas tienen una carne blanca dentro, sin cuesca ni pepita, muy dulce, tanto, que se, podría sacar de ella miel; hay otra del tamaño de camuesas, con la corteza mas gruesa que la camuesa; tiene el cuesca grande, es de razonable sabor; hay algunas pinas, aunque pocas, de la manera de las de las otras indias; hay gran abundancia de maíz, de lo cual hacen pan en tortas y grandes brebajes como la cerveza que beben; criase en esta tierra mucha grana y algodón; hay ganados en abundancia. Habitan las gentes debajo de aquellas frescuras, en aquellas ramadas que he dicho, treinta a treinta, y cincuenta a cincuenta y ciento a ciento así están los lugares y no mayores; pero es tierra muy poblada, y están muy juntos unos de otros; todos tienen una manera de creencia y ritos y ceremonias y adoran al Sol; no comen carne humana, sacrifican animales y no hombres; es gente mediana y toda esta que reside en esta región caliente, es llamada yungas, que es lo mismo que villanaje; y la gente ciudadana y que mas se tiene es la de la tierra adentro; y así nunca se vio que ninguno de esta nación y región tuviese cargo ni administración de ningún pueblo fuera de su tierra; lo cual la gente de la tierra adentro si; que aquella nación del Cuzco estaba derramada por todas las provincias en la administración de la justicia. Hace en la división de estas dos provincias fría y caliente, en XXV leguas que hay de lo uno a lo otro, la mayor separación y diferencia el cielo, de todo de lo que se ha visto; porque ya he dicho, que desde las vertientes a la mar nunca llueve, y de allí adentro lo hace casi todo el ano, al menos hay grandísimas nieves y granizos y gran frio.

El otro camino grande que atras dije va por ia tierra y región fría des de la ciudad de Tumipampa, que es en el Quito, hasta la ciudad del Cuzco; y desde la ciudad del Cuzco, mas de cien leguas adelante, por la provincia de Collao, hasta dar en una laguna dulce, donde esta una mezquita, que se dice Titicaca. Creo yo que del un fin al otro, hay mas de cuatrocientas leguas, donde hay las mas ásperas sierras y pasos malos que hay en el mundo. Va todo el camino de una traza y anchura hecho a mano y rompido por aquellas sierras y laderas, tan bien desechado que en muchas partes viendo lo que esta adelante, parece cosa imposible poderlo pasar; por las partes que va por laderas, va tan bien cimentado de calzada de cantería, desde lo bajo, que va tan llano como si lo fuese la tierra, donde saliendo de el tiene la gente harto que poderse tener con las manos; en las partes lodosas y de ciénagas va enlosado y en las bajadas y subidas ásperas, escalones y antepechos de piedra; finalmente, el es uno de los mayores edificios (/Folio 12) que se han visto en el mundo. Para la conservación y reparos de el estaba repartido a las provincias comarcanas, a cada una su termino y pertenencia; por todo el, desde la provincia de Tumipampa hasta el Cuzco, van hechas unas casillas a trechos, que a mi parecer estarán en una legua; en estas habitaban las postas que los señores tenían para saber lo que pasaba en la tierra y para otros servicios y curiosidades que tenían; las cuales postas eran indios a pie, que corrían de una casilla a otra, esto a todo correr, y de palabra decían al que estaba aguardándole a la puerta, la embajada que llevaba y a quien, y además de lo que le decía de palabra, llevaba ciertos nudos para memoria, con los cuales, en muchas cosas ellos se entendían; y de esta manera, el uno al otro, y el otro al otro decían su embajada hasta que llegaban a noticia de aquel a quien eran enviados.. eran postas breves y sutil invención, y mas presto se comunicaban y sabían lo que pasaba, de una parte a otra, que si tuvieran caballos. esta región fría es muy falta de leña, que toda la tierra es pelada y las sierras esparteñas. Vistense de vestiduras de lana y plumas, que hay muy gran abundancia de ganados y de allí se proveen los de la región caliente; tienen los pueblos juntos y en cada uno su templo del Sol y casas de depósitos, como los que tengo dicho; no se crían frutos por la frialdad de la tierra, si no es en algunos valles hondos; los ríos no crían pescados; si algunos hay, críense en lagunas dulces, que se hacen en la tierra adentro, que son como bermejuelas; provéanse de todas estas cosas de los de la región caliente; hay muchos venados y corzos y algunas aves de rapiña y otras de comer, que se crían en aquellos lagos dulces. Toda esta región fría tiene esta adoración al Sol, y a su hijo el señor de la tierra, que así le llaman hijo del Sol; no difieren en cosa notable así en ritos como en costumbres y vestidos; es gente sana y calzada, donde se vieron muchos viejos y viejas; y así, es verdad que viven mucho mas que en la región caliente, donde si estos bajan enferman luego, por ser tan grande la diferencia; lo cual, ellos no hacen si van a la región fría. esto baste, cuanto a los caminos y costumbres y maneras de estas gentes.

Tornemos ahora a decir del repartimiento del oro y plata que se recogió en la ciudad del Cuzco, de ella y de las provincias a ella comarcanas; que la mayor parte o grande, se trujo de otras partes donde estaba echado como cosa tenida en poco, que en una provincia cerca del Cuzco se hallaron ciento cincuenta (CL) tablas de plata, de quince y veinte pies en largo, y dos palmos en ancho, y otras piezas monstruosas echadas por el suelo, en una bóveda, casi anegado de tierra, sin servirse de el. De lo que se junto y repartió cupo al quinto de S. M. . . (en blanco)

Y de lo demás se hicieron las partes entre toda la gente que allí se hallo por la orden que la otra vez; fue mas cantidad de plata que de oro; cupo a cada uno de caballo (hay un espacio en blanco) y al de pie la mitad; hubo mucho recaudo que ninguno defraudase ninguna cosa, so pena de muerte. en esta segunda partición entro toda la gente que había ido con Almagro y el también, donde se le dio aventajada parte, como a persona que había gastado mucho de su vida y hacienda en aquella demanda, aunque de ver que el no tenia mando en la tierra, mostraba desabrimiento y estar descontento de la compañía de Pizarro, y allí comenzaron a andar a malas y haciendo corrillos y parcialidades.

Después de estado algunos días en la ciudad del Cuzco el dicho gobernador y gente, le vinieron a decir que los indios enemigos estaban en la comarca de la ciudad haciendo mucho daño y talando la tierra. es de saber, que esta gente de guerra que nos la defendía y con la que Atabalica la había ganado, no era natural de la tierra, sino de la provincia del Quito y Cayangui y Carangui, donde era la naturaleza y asiento de Atabalica, y desde donde el vino contra su hermano; porque aunque todo era señorío de su padre, Atabalica se había criado en aquella provincia, y así con la gente de ella había ganado y conquistado desde allí hasta el Cuzco y todo lo demás; y así, esta gente, como extranjera, hacia mucho daño en la gente de la tierra y los tenían por enemigos y se habían con ellos cruelmente, y esta gente, entonces era la que nos defendía la tierra y no los naturales de ella; aunque después de echada esta gente de ella por fuerza e ida a su tierra, los mismos naturales se rebelaron con el inga, que quiere decir rey, que después de la muerte de Atabalica sucedió; (/Folio 12 v.) pues para echar y desarraigar esta gente que tanto daño hacia de la tierra. porque estaban puestos en tierra muy áspera, fue necesario dar parte de ello al inga, para que juntasen toda la gente de guerra de indios que pudiesen, para que fuesen con los españoles; y así la junto, y con ella y con la que pudo salir de la ciudad, el dicho capitán Almagro y otros capitanes con el, fueron contra los dichos indios, los cuales aguardaron en aquel paso y tierra áspera donde estaban, y después de haberle defendido, le desampararon y pasaron un rio, quemando la puente; y así se fueron caminando y dejaron la tierra del Cuzco, y haciendo todo el mal que pudieron, se fueron a dar en la gente de españoles que había quedado en Jauja, donde los pusieron en harto aprieto; pero al fin los dejaron y se volvieron a la provincia de Quito, do era su naturaleza, quemando todas las puentes de red por do pasaban, para que no pudiesen ser seguidos. Vueltos a la ciudad del Cuzco, el dicho capitán Almagro y españoles y inga, con la victoria de haber echado los enemigos de la tierra, fue tanto el placer del inga y de los naturales de ella, que acordó de hacer grandes fiestas en la plaza de la ciudad, de bailes y danzas, ayuntando cada día tanta cantidad de gente, que con mucho trabajo cabían en la plaza, trayendo a las dichas fiestas todos sus ágüelos y deudos muertos en esta manera: después de haber ido al templo muy acompañado y hecha oración al Sol, luego por la mañana iba al enterramiento donde estaba cada uno por orden, embalsamados, como es dicho, y sentados en sus sillas, y con mucha veneración y respeto, todos por orden, los sacaban de allí y los traían a la ciudad, teniendo para cada uno su litera y hombres con su librea que le trajesen; y así de esa manera, todo el servicio y aderezos como si estuviera vivo; y así los bajaban, diciendo muchos cantares, dando gracias al Sol porque había permitido que sus enemigos fuesen echados de la tierra y los señoreasen los cristianos; esto era la sustancia de sus cantares, aunque no creo yo que lo era de sus intenciones; pero querían hacernos entender que eran mas contentos con la conversación de los españoles y con la sujeción y premia de los enemigos. Llegados a la plaza con innumerable gente, que con ellos iba llevando la delantera el inga en su litera y junto par de el su padre Guaynacapa y así todos los demás en sus literas, embalsamados, con diademas en la cabeza. Para cada uno de ellos estaba armada una tienda donde se puso cada uno de los muertos por su concierto, sentado en su silla, cercado de pajes y mujeres, con mocadores en las manos, amostrándoles con aquel respeto que si estuvieran vivos, y junto a cada uno de ellos un relicario o arca pequeña con su insignia, donde estaban las unas y cabellos y dientes y otras cosas que habían cortado de sus miembros, después que habían sido príncipes; que ninguna cosa echaban a mal, que todo lo guardaban junto en aquellas arcas y donde se sepultaba el cuerpo, allí junto lo ponían. Puestos todos por su orden, desde las ocho de la mañana hasta la noche estaban allí sin salir de las fiestas, que allí comían y bebían, tan a discreción como lo podían hacer las gentes de mejor estima (hay una silaba tachada en esta palabra) con el vino, porque aunque el que ellos bebían era de raíces y maíz como cerveza, bastaba para embeodarles, porque es gente de muy flacas cabezas. era tanta gente y tan buenos mojones, así ellos como ellas, y eran tanto lo que envasaban en aquellos cueros, porque todo su hecho es beber y no comer, que es cierto, sin duda ninguna, que dos vertederos anchos, de hueco de mas de media vara que vertían por debajo de losas en el rio, que debían ser hechos para la limpieza y desaguadero de las lluvias que caían en la plaza; o por ventura, lo mas cierto para aquel efecto, corrían todo el día orines, de los que en ellos orinaban; en tanta abundancia, como si fueran fuente

que allí manara; cierto, según la cantidad de lo que bebían y la gente que lo bebía no es de maravillar, aunque verlo es maravilla y cosa nunca vista. en los cantares trataban de lo que cada uno de aquellos señores había conquistado y de las gracias y valor de su persona, dando gracias al Sol que les había dejado ver aquel día, y levantándose un sacerdote amonestaba de parte del Sol al inga, como a su hijo, que mirase lo que sus pasados habían hecho y que así lo hiciese el y que sirviese y obedeciese mucho a aquel emperador, cuya gente les había conquistado. Venida la noche, por su orden movían de allí todos y volvían los muertos a sus estancias; duraron estas fiestas mas de XXX días arreo; donde se gasto tanto vino de aquello, que si hubiera de ser de lo de acá, según lo que el valía, era muy poco todo el oro y plata que se tomo, para comprarlo. esto baste para relación de estas fiestas.

Después de haber pasado algunos días y vuelto el dicho gobernador a la dicha ciudad de Jauja, a poblarla, el inga que volvió con el, lo convido a una fiesta de montería de venados y corzos, que por ser cosa tan señalada y que yo vi, la quiero decir aquí, que no la he oído yo jamás que otra semejante se haya visto; y fue que un día, el inga pregunto al gobernador si era amigo de caza, que como el era tan inclinado a ella había mandado hacer una montería ocho días había; y que hasta ver el cerco cerca de allí, no se lo había dicho; que ya venia cerca y si quería salir allá con alguna gente de caballo, que los mandase aperebir; y así, después de comer nos aperebimos hasta cincuenta de a caballo, a punto de guerra, temiendo no fuese la montería con nosotros; y así salió el dicho gobernador e inga a un llano